
ELIMINAR LAS HIPOTECAS QUE PESAN SOBRE EL PENSAMIENTO (*)

I. A pesar de los cambios y de la diversidad de los universos mentales, las Iglesias no han modificado sus maneras de gobernar y de enseñar. – La religiosidad milenaria distrae al cristiano de lo esencial y le da una representación falsa de la acción de Dios. – Falta de preparación de las Iglesias cara a las difíciles investigaciones requeridas por las cuestiones que plantea la modernidad. – Hoy, el porvenir de las Iglesias parece depender de los laicos que se vinculan a ella con lucidez y valentía a despecho de la desafección de muchos.

II. Hombre de fe y de esperanza, M. Portal me ayudó a encontrar mi lugar en la Iglesia. – Por la meditación del Evangelio, haciendo de la vida humana de Jesús el centro de mi búsqueda, he descubierto la realidad interior de la Iglesia. – El reparto del apostolado entre clérigos y laicos en la Acción católica hizo que la influencia de ésta sólo fuera superficial. – Los medios de poder empleados por la Autoridad ahondan la separación entre lo que los cristianos dicen y lo que viven y piensan realmente. – Relatividad de la Iglesia empírica cuando se entrega a las pasiones y debilidades de los hombres. – La misión del cristiano, discípulo de Jesús, debe pasar por la puerta estrecha del fracaso y de la muerte. Ejemplo de M. Portal.

III. A las razones de ser cristiano basadas en la autoridad de la Tradición, se añaden las que surgen de la toma de conciencia de sí mismo y de la condición humana. – La liturgia, vector de la religiosidad milenaria pero también camino de la religión en espíritu y en verdad. – La reflexión crítica y creadora debe reservar el lugar principal a lo esencial. Caso de la celebración eucarística. – Las Iglesias no han nacido del proyecto de un fundador sino de la Acción divina en Jesús, prolongada en sus discípulos. – Velar por guardar los valores que permitieron a la

(*) Este texto se publicó como capítulo IV de: Marcel Légaut, *Vie Spirituelle et modernité (entretiens ultimes avec Thérèse de Scott)*, París, 1992, págs. 88-121.

Iglesia permanecer viva pero sin confinarse en la estricta conservación de lo que antaño bastó. – La indagación incesante, fruto de la fecundidad de la búsqueda espiritual, ayudará a la Iglesia a progresar en la vía de la fidelidad y de la fe.

IV. ¿Se puede mantener todavía como un postulado el realismo ontológico? – Las creencias, en estrecha relación unas con otras, son tributarias, además, de los tiempos y lugares de su elaboración. – La inteligencia de lo que Jesús vivió es la fuente que permite dar a las creencias su lugar adecuado y su alcance exacto. – Los primeros pasos en la vía que conduce de la adhesión a las creencias al movimiento de fe proceden de la iniciativa de cada uno. – Con ayuda de las ciencias humanas, el estudio de la génesis de las doctrinas y de las leyes es una vía sin fin que pide una fidelidad sin límite. – Mutación que aguarda a las Iglesias para que puedan responder a las exigencias espirituales crecientes de los hombres y de las mujeres de la modernidad.

I

A pesar de los cambios y de la diversidad de los universos mentales, las Iglesias no han modificado verdaderamente sus maneras de gobernar y de enseñar.

M. Légaut: Con el crecimiento prodigioso de los conocimientos y de las técnicas que la ciencia moderna pone a disposición de la sociedad, y como consecuencia indirecta de la conmoción de las condiciones de vida que esto provoca, los universos mentales de los hombres han cambiado considerablemente y se han diversificado en extremo después de haber conocido una gran estabilidad y una relativa uniformidad durante un número importante de siglos en los que, en Occidente, el cristianismo fue, sin discusión, el maestro de los espíritus. Raras fueron, en efecto, las personalidades potentes y lúcidas como para lograr una independencia suficiente ante las creencias y las prácticas que reinaban en su tiempo. Todavía en nuestros días, aunque aumentan las tomas de conciencia individuales y las iniciativas que éstas posibilitan e incluso imponen en lo íntimo y aunque nuevas necesidades y nuevas posibilidades se manifiestan en mucha gente, las Iglesias no han modificado de forma sensible sus compor-

tamientos cara a sus miembros y cara a las sociedades en que están implantadas. Poder ejercer su misión en el Mundo, dadas las condiciones nuevas de la modernidad, exige a las Iglesias una transformación considerable en sus maneras de gobernar y de enseñar, a la que, sin embargo, no están preparadas. En nuestra época, su inmovilidad de siglos pesa con toda su masa sobre las tentativas de renovación que, mal que bien, se esfuerzan en brotar por todos lados.

Tanto las Escrituras como la Tradición, así como los dogmas y las decisiones doctrinales, elaboradas a lo largo de los siglos, después de haber sido unánimemente consideradas hasta nuestros días como dones divinos que por serlo estaban totalmente aparte del resto de las producciones humanas, nunca como ahora han sido objeto de investigaciones críticas tan libres y osadas sobre las circunstancias de su formación y de su transmisión a través de la historia. Nunca las bases sobre las que las Iglesias se edificaron ni las doctrinas que ulteriormente elaboraron fueron tema de estudios tan profundos y de juicios tan vigorosos como ahora, después de haber sido, durante siglos, afirmadas sin discusión ni crítica (crítica que era inconcebible e impía antes). Éste es el punto en el que, por ello, las Iglesias creen verse, si no amenazadas en su existencia, sí, al menos, condenadas a convertirse en sectas de poco peso en el Mundo. De hecho, muchos practicantes sólo permanecen vinculados a su Iglesia porque ven en ella un factor de orden: no les preocupa (pues ni siquiera se les ocurre pensar en ello) ni la fe que la hizo nacer, ni el hecho de que su misión radica en ayudar a que esa fe advenga en el hombre.

No obstante, el cristianismo no desaparecerá pues da cauce a la religiosidad instintiva que el hombre tiene adherida en sus capas más internas y que rebrota con violencia cuando éste se ve amenazado en sus obras más vivas. En nuestros días, en tiempo ordinario, esta religiosidad, al menos en Occidente, únicamente se manifiesta tíbiamente, y a veces incluso se rechaza y se reprime de manera sistemática. Bautizada más que transformada, esta religiosidad contribuyó más a la implantación de las Iglesias en el Mundo que el propio interés suscitado por las doctrinas que ellas enseñaban. Por otra parte, hasta el

presente, las Iglesias sólo han hostigado blandamente las manifestaciones espontáneas de la religiosidad instintiva. Es más, ¿no se han servido a menudo de ella sin grandes escrúpulos? Siempre, en cierta manera, esta religiosidad de los tiempos prehistóricos les asegurará algún modo de supervivencia a las Iglesias, incluso si, infieles al espíritu de Jesús, llegan a reducir su mensaje a una sabiduría exclusivamente moral y política vehiculada por una doctrina que actualmente resulta ya esotérica y anticuada, y que, al final, sólo interesará a los especialistas.

La religiosidad milenaria distrae al cristiano de lo esencial y le da una representación falsa de la acción de Dios

Esta religiosidad es imposible de desarraigar del corazón del hombre aunque cada vez sea más impugnada por los conocimientos del Mundo que la sociedad va adquiriendo. Nunca ningún régimen social o político, ateo en la práctica a fuerza de ser sólo “tecnicista” o “cientista”, ni nunca ningún régimen dictatorial, aunque sea de larga duración y profese, sistemática y políticamente, una ideología antirreligiosa, llegará a destruir definitivamente esta religiosidad, incluso si, durante su mandato, logra borrar los más mínimos indicios de ella en lo cotidiano. Reprimida en lo íntimo del hombre pero no reducida a la nada, esta religiosidad rebrotará desde sus profundidades con una violencia cósmica cuando llegue el momento, como la vida cuando se siente amenazada.

Centro de la predicación de Jesús, la religión en espíritu y en verdad (esa otra expresión del “Reino de Dios”) no es primera en el hombre. Nace completamente cubierta por la religiosidad milenaria, que le presta algo de sus esplendores y de sus ardores entre los que no están ausentes “la carne y la sangre”. Como un primer recuerdo de los tiempos inmemoriales, esta religiosidad emerge en todas las actividades religiosas del cristiano, y tanto más cuanto más éste se abandona, con algo de avidez y sin espíritu crítico, al clima –incandescente por naturaleza– de los fervores colectivos, cultivados técnicamente por liturgias devocionales y, si se tercia, también por manifestaciones de

masas (peregrinaciones y concentraciones). Bautizada más que convertida, esta religiosidad ancestral hace más fáciles las prácticas pero, al mismo tiempo, distrae al hombre de sí mismo por lo que le aporta de tangible, de seguro, de determinado, de concreto, de social, a diferencia de lo que la religión en espíritu y verdad comporta de imperceptible, de indecible, de inmaterial y de personal. Dicha religiosidad le dispensa, en efecto, de entrar en la inteligencia de lo esencial que debe vivir personalmente mediante un esfuerzo de interioridad que no es sólo del orden del examen de conciencia y de la revisión de vida. Preocupada exclusivamente por la conducta del hombre respecto del bien y del mal considerados en su generalidad abstracta e impersonal, en la mejor de las hipótesis, dicha religiosidad lo hunde y lo entierra, lo desvía del conocimiento interior de sí que tendría que adquirir para alcanzar, en su originalidad verdadera, la acción de Dios en él; acción que eleva la suya al nivel de la misión, que le es propia. Este tipo de religión le da espontáneamente una representación falsa de Dios (de su omnipotencia y de su omnipresencia), a fuerza de ser antropomórfica. Una representación así sólo induce a la suplicación, no permite una verdadera comunión con la Acción que, según su modo propio, se desliza sutil entre medio de la actividad libre del hombre.

Cuando un creyente llega a criticar esta religiosidad en lo que comporta de irracional y de afectivo, es cuando está en condiciones de relativizar su valor sin, sin embargo, negarlo. Para alcanzar una humanidad más atenta a las exigencias que comporta la autenticidad de su ser (a la que dichas exigencias confirman), el creyente tiene que llegar a poner coto a esta religiosidad a costa de perseverantes esfuerzos. Lo logrará por sus propias iniciativas más que incitado y ayudado por la enseñanza y el gobierno de la autoridad eclesiástica. Ésta, cualquiera que sea, siempre tratará con mimo a esta religiosidad, sin importarles su forma pues ésta puede ser múltiple y variable (pagana, judeo-cristiana, escolástico-cristiana, etcétera). Lo hará en consideración al número de fieles que viven de cualquiera de ellas, confortados así en su certeza y seguridad pues ¿no es acaso certeza y seguri-

dad lo que la mayoría de los creyentes busca, ante todo, con sus prácticas religiosas?

Falta de preparación de las Iglesias cara a las difíciles investigaciones requeridas por las cuestiones que plantea la modernidad

En estos tiempos de rápida evolución de los espíritus, las Iglesias se ven desbordadas, sin haberlo previsto, por unos dilatados movimientos de fondo, de orden afectivo e intelectual, a los que amplifican, por añadidura, los medios de comunicación. Se ven por ello encaradas a numerosas cuestiones completamente nuevas, suscitadas por la modernidad, que reclaman unas investigaciones sin duda largas y difíciles para las que no están en absoluto preparadas dada su preocupación, casi exclusiva, por la inmutabilidad y la estabilidad sacralizadas y con horizontes de eternidad. Estas indagaciones estarán fatalmente sembradas de errores que no dejarán de llevar, sin embargo, trazas preciosas de verdad que importará aprovechar. Estas búsquedas encontrarán atolladeros de los que convendrá salir, no retrocediendo sino desembocando en perspectivas completamente distintas a las de los espejismos que hacen fortuna. Por otra parte, las respuestas idóneas exigirán a menudo (para ser, primero, entrevistas y soportadas en privado por algunas individualidades particularmente abiertas, y después aceptadas de forma suficientemente general en los medios cristianos, para luego, finalmente, ser ratificadas por la Institución) demoras prolongadas y necesarias para que se den estas maduraciones individuales y colectivas: necesitarán tiempo para disolver las suspicacias espontáneas, desarmar las indignaciones –irreprimibles de entrada– que estas nuevas riquezas –extraídas del tesoro antiguo– provocarán inevitablemente, y también para permitir a la fe la invención de las expresiones convenientes, capaces de remplazar dignamente a las antiguas.

Cogidas desprevenidas, las iglesias y sus autoridades, en el fondo, están sin recursos. Por su parte, los cristianos están sometidos, sin ser conscientes de ello, a los movimientos de fondo que modelan su universo mental: de ahí su convulsión profunda. Su docilidad a la

Institución, que es más pasividad que disciplina, los arrastra, entonces, a unos comportamientos y a unas tomas de posición que los convierten en partisanos movidos solidariamente por el típico espíritu de cuerpo que da identidad a una secta; con lo que dejan de ser verdaderos creyentes de tanto como estas maneras falsean su pensamiento y su vida personal. Porque, esta docilidad sistemática, ciega, colectiva, de masa, más que el fruto de una verdadera clarividencia de esos cristianos ante el vacío que se abriría en ellos si se viesan privados de sus antiguas certezas y seguridades, ¿no representa acaso una huída hacia delante?

Frente a esta nueva situación, las actuales autoridades, en un esfuerzo por retomar en nuestros días los métodos antiguos, se limitan a argumentar a partir de los resultados positivos que les proporcionó el ejercicio de su misión en unas condiciones a todas luces distintas. Estas preocupaciones, principalmente restauracionistas e impregnadas de conservadurismo, los parapetan en sus antiguas posiciones. A ello se emplean de forma tanto más brutal y arrogante (lo cual no deja de ser una forma de debilidad que no engaña) cuanto más incapaces son de aportar una solución verdadera a los problemas de hoy mediante medidas exclusivamente procedentes de sus iniciativas, con independencia del grado de su lucidez acerca de dichos problemas. No se dan cuenta, en definitiva, de que la solución requerida por los nuevos tiempos depende fundamentalmente de la conversión personal de los cristianos y, más en particular, de su manera de concebir su papel en su Iglesia.

Hoy, el porvenir de las Iglesias parece depender de los laicos que se vinculan a ella con lucidez y valentía a despecho de la desafección de muchos

A decir verdad, el porvenir de las Iglesias, amenazadas en su existencia, no está en manos de los miembros de la Institución, que dependen demasiado de ella en todo, material e intelectualmente. Su dependencia hace que estén demasiado alienados en su manera de pensar, de decir y de comportarse como para poder entregarse a una

acción verdaderamente creadora en aquellos ámbitos que atañen precisamente a lo esencial del cristianismo. El porvenir de las Iglesias depende de los laicos, especialmente de aquellos cuya vinculación a su Iglesia es por su fe en Jesús, del que se reconocen discípulos a través de lo que los Evangelios dejan entrever y de su eco, que también les llega a través de las doctrinas oficialmente profesadas. No están vinculados a su Iglesia tomada en sí misma, en su realidad concreta de cuerpo constituido. Reconocen las condiciones históricas que la hicieron nacer y se niegan a identificar su autoridad con la de Jesús y a creer en ella con la fe que tienen en él. No obstante, su vinculación eclesial no vacila, a pesar de sentirse fuertemente interpelados por las múltiples críticas que legitiman el desapego práctico de muchos cristianos –demasiados– respecto a la sociedad religiosa que la Iglesia es actualmente (y que fue también durante los siglos de cristiandad, e incluso desde el comienzo). No sin sufrimiento en lo más hondo de sí, pues presienten con vértigo todo lo que podría llegar a ponerse en cuestión, su esperanza en cuanto al porvenir permanece intacta, incluso en los tiempos actuales en los que su Iglesia parece particularmente deficiente hasta el punto de hacer aguas por todas partes. Su forma futura, sin embargo, permanece enteramente oculta para ellos pues es objeto no de creencia o de expectativas sino de fe desnuda y de esperanza despojada.

Sólo estos cristianos (lúcidos y animosos, capaces de ir hasta el final de las exigencias de su honestidad intelectual y de su fe en Jesús de Nazaret, y por lo general sin una especial responsabilidad derivada de una función institucional pero, según su sentir, interiormente llamados a las búsquedas que pide la misión de su Iglesia en su época) poseen, gracias al lugar modesto que ocupan, la libertad de espíritu y la independencia indispensables para trabajar útilmente en la solución de los problemas que la actualidad plantea. Por eso se dedican a ellos a su manera y según les pide su fidelidad. También ellos son, con frecuencia, los mejor situados para tomar conciencia, lo más lúcidamente posible, del origen y de las dimensiones de estas cuestiones y, asimismo, de la importancia de las respuestas y decisiones que reclaman.

Si hay algún signo favorable para un volver a empezar real de las Iglesias, un signo completamente diferente del que derivaría de una nueva evangelización llevada a cabo con un catecismo de contenido antiguo, éste es el número de jóvenes laicos, chicos y chicas, que se comprometen de manera puramente desinteresada a serios estudios de tema religioso (exégesis, filosofía, teología). Es una de las mejores maneras de preparar el porvenir, al menos mientras a las autoridades les falten tiempo y medios para remplazar a los profesores competentes por repetidores más preocupados por la conformidad ortodoxa y la disciplina que por la honestidad intelectual y la verdadera fidelidad. Sin embargo, estos cristianos cultivados conviene que no se preocupen por asumir servicios eclesiales, por más accesibles que les resulten o por más que algunos puedan sentirse afectivamente llevados a ello, pues acabarían alienando su pensamiento y sus modos de expresión, por lo demás inteligentemente clarificados gracias a sus estudios; estudios realizados dentro de un verdadero espíritu de fe y en calidad de discípulos de Jesús, hombre y mártir del advenimiento al mundo de la religión en espíritu y en verdad. A cada Iglesia se la juzgará por su forma de favorecer o de entorpecer, en sus miembros, las actividades críticas y creadoras que la salvarán del destino de las sectas que, cerradas sobre sí mismas, acaban enterrándose, como perdidas en un Mundo que las ignora incluso mientras son multitudinarias.

II

Hombre de fe y de esperanza, M. Portal me ayudó a encontrar mi lugar en la Iglesia

Al principio, sin haber pensado en ello verdaderamente, el joven cristiano que yo era creía que su Iglesia existía por sí misma, inspirada por el Espíritu y por su dinamismo propio, y que bastaba con ser un miembro dócil, sometido a sus enseñanzas, a sus leyes y a sus costumbres de culto, para que ella ocupara su sitio en la vida de un creyente.

Ésta era la consecuencia, sistemáticamente buscada, de la instrucción religiosa recibida, la cual me parecía bien y me satisfacía plenamente. Tal era mi situación antes de mi encuentro con M. Portal, el hombre de fe y de esperanza que me hizo entrar en una inteligencia renovada de lo que la Iglesia es fundamentalmente, más allá de todas las contingencias de su realidad empírica en los diversos tiempos y lugares. M. Portal obró esto en mí no tanto por su autoridad, debida a su ministerio sacerdotal dentro de la Institución, cuanto por lo que él mismo había llegado a ser sirviendo a la Iglesia con abnegación y sacrificio. Según él, mi deber era encontrar un lugar en ella: mi lugar. Para ello, tenía que tomar la iniciativa y no esperar a que me lo designasen para ocuparlo. Manteniéndome en él con la inteligencia propia de la fe y la perseverancia propia de la fidelidad, daría lo mejor de mí mismo a la Iglesia: algo preferible a lo que ella podía esperar de mí y pedirme explícitamente. Por su ejemplo, más que por lo que podía decirme, M. Portal me estaba diciendo que, a cambio de consagrarme totalmente a ella, la Iglesia pondría en acto en mí, como consecuencia del don que yo le haría, lo que todavía estaba dormido en mí y ella necesitaba secretamente para responder, en el ejercicio de su misión, a las sordas expectativas de mi generación.

En aquella época de mi vida, a la Iglesia –"una, santa, católica y apostólica" tal como dice la liturgia– se la presentaba y se la consideraba como la perpetuación en el Mundo de la presencia misma de Cristo resucitado. La Iglesia pretendía ocupar, ante sus miembros, nada menos que el lugar –y por tanto la autoridad– que a Jesús, veinte siglos atrás, le reconocieron, poco a poco, sus discípulos al vivir ante ellos –según ella– la plenitud de su divinidad. Fundada directa y explícitamente por Jesús, la Iglesia, de esta forma, decía recibir de él una cualidad sobrenatural que la ponía aparte del resto de las religiones, y así la protegía, en el ejercicio de su misión en el Mundo, de todos los errores que forzosamente conocen todas las autoridades simplemente humanas, y también de todas las alienaciones impuestas por los determinismos que pesan sobre las sociedades. Los primeros tiempos de la Iglesia, conocidos exclusivamente a la luz de la doctrina

que ella se había dado de sí misma, ¿no eran la confirmación manifiesta de un nacimiento virginal?

Por la meditación del Evangelio, haciendo de la vida humana de Jesús el centro de mi búsqueda, he descubierto la realidad interior de la Iglesia

Tenía yo entonces una confianza absoluta en la Iglesia y más precisamente en su Magisterio. Mi confianza procedía de la fe, pero la facilitaba también –como luego comprendí– mi ignorancia, convenientemente disimulada con doctrinas, de un pasado del que sólo tenía idea a través de perspectivas tranquilizadoras, inspiradas por el deseo primordial de la Autoridad de desterrar toda sospecha de infidelidad al Evangelio por parte de ella misma. Sin embargo, mientras mi fe, entonces inseparable de la adhesión sin reserva a las creencias que se me habían enseñado, adquiriría más relevancia en la orientación de mi vida, hasta el punto de darle su sentido de forma decisiva, yo desarrollaba una acción propiamente espiritual e incluso confesional entre los profesionales de la enseñanza pública, laica y a veces laicista, en donde la Iglesia tenía poca audiencia. Colaborar desde mi puesto y conforme a mis medios en la acción capital que, a mi modo de ver, correspondía a la Iglesia, y que creía imposible sin ella, era una imperiosa exigencia para mí desde que M. Portal me había abierto a la realidad íntima de ésta, oculta bajo unas apariencias que demasiado a menudo llevan a hablar mal de ella a causa de las numerosas peripecias de su historia hartamente difícil.

A lo largo de los años, alimenté esta convicción con la meditación del Evangelio a la luz de mi experiencia y en relación con mi toma de conciencia progresiva de la condición humana y de las cuestiones fundamentales que ésta plantea; meditación a la que yo iba llevando, sin saberlo (movido no sé por qué proceso todavía inconsciente de su objetivo y de la lógica secreta que lo orientaba), fuera de los caminos ordinarios al hacer, de la vida humana de Jesús (por supuesto inseparable entonces para mí de la divinidad tal como aún podía concebirla), el centro mismo de mi búsqueda. Correspon-

diendo a las aspiraciones más profundas de mi ser, dicha meditación estuvo en el origen de una llamada que se fue precisando poco a poco en mí a medida que se profundizaba la inteligencia que alcanzaba de Jesús, más allá de lo que la doctrina podía aportarme, de forma abstracta, con los conceptos que imponía al respecto, forjados en un universo mental completamente diferente del mío. Dicha llamada tomó fuerza y se hizo más imperiosa a medida que yo comulgaba más íntimamente con la fe y con la fidelidad de Jesús, más allá de todos sus comportamientos, palabras y actos, muy marcados y por tanto limitados por las posibilidades y las necesidades de tiempos y lugares determinados.

El crecimiento espiritual que permite entrever el sentido de nuestros días a través de las ambigüedades del pasado, así como la toma de conciencia y la actualización en lo cotidiano del espíritu que llevó a Jesús, en su tiempo, hasta los extremos de lo humano, ¿no constituyen las dos caras de lo esencial de la llamada que la Iglesia debería dirigir a sus miembros para que nazcan a la vida espiritual del discipulado y puedan, por su acción creadora, obrar útilmente y con exactitud en lo que es su misión? A esto fue a lo que me consagré, pero con una peculiaridad: no comprometerme en ninguna de las obras organizadas y dirigidas entonces por la jerarquía. Sin duda, la laicidad de mi medio me apartó de hacerlo, pero también es verdad que no encontré a la Autoridad especialmente preocupada por estas cuestiones. Tenía otros intereses en los que el gobierno y la enseñanza prevalecían de forma casi exclusiva.

El reparto del apostolado entre clérigos y laicos en la Acción católica hizo que la influencia de ésta sólo fuera superficial

También tuve que reaccionar enérgicamente contra la concepción que predominaba entonces acerca del papel de los simples cristianos. Dicha concepción relegaba a los laicos a la acción social y política mientras las actividades propiamente religiosas se reservaban únicamente a los clérigos. La principal preocupación de la Institución cuando se fundó la Acción católica fue la de ampliar la audiencia de

la Iglesia en la sociedad y la de favorecer discretamente las orientaciones políticas favorables a su influencia. La Acción católica estaba organizada según las directrices de los sacerdotes, incluso en los ambientes a los que la Iglesia no podía llegar directamente por medio de sus organizaciones parroquiales, y donde, por tanto, era imposible evitar del todo la injerencia de los laicos. En el activo de esta Acción hay que reconocer que ella estuvo en el origen de numerosos logros espirituales e incluso de conversiones que, sin embargo, se debieron, sobre todo, a la irradiación espiritual de determinados sacerdotes y laicos, más que a las actividades principalmente colectivas de estas amplias organizaciones, estrictamente especializadas según la situación social y la profesión de sus miembros. Desde el punto de vista de la Autoridad, aunque no lo reconociese muy abiertamente, los poderes sacerdotales que ella ejercía en los medios donde la Acción católica penetraba tenían más importancia, para la realización de la misión de la Iglesia, que la influencia espiritual y religiosa de los seglares. Los seglares eran los meros precursores del sacerdote. Por eso se insistía en la objetividad de la acción sacramental “ex opere operato”, en la “evangelización sacramental” distinta de la subjetividad de la irradiación de la vida interior, a la que se juzgaba demasiado “personal” y sospechosa de ambigüedades, ilusiones e individualismos propios de gente encerrada en su “pequeña religión”.

Por otra parte, en estos grandes movimientos sólo interesaba la acción de grupo, como es de ley donde predominan las preocupaciones de organización y de centralización sobre las de favorecer, aunque sólo sea indirectamente, la relación en profundidad entre las personas. No se tenían en cuenta las posibilidades particulares de cada cual, tanto por sistema como también, a veces, por carencia personal de los que detentaban la dirección, más administrativa que espiritual, de estas acciones, generales y de gran envergadura. Se ignoraba la extraordinaria diversidad de las necesidades propiamente espirituales. Sólo se atendían las condiciones comunes del medio, que los análisis sociológicos revelaban. No se buscaba ayudar principalmente, y por supuesto de forma indirecta, a la vida religiosa propiamente cristiana

de cada uno, que tenía que nacer y que desarrollarse antes de emprender su vuelo personal.

No; fuera de una conducta moral y de una práctica semanal ejemplares, la única preocupación era la de inculcar sólidos hábitos de devoción. Al margen de las consignas generales, doctrinalmente fundadas, no había ninguna preocupación por ayudar a cada uno a encontrar su propio camino, a prepararse para la obra de sus días, a la que tendría que consagrarse, a lo largo de la vida, por fidelidad a lo que descubriría que él mismo debía ser. Siguiendo la misma política, se insistía con fuerza en el culto, cuyo lugar principal se reservaba al clérigo que, por añadidura, encontraba en él la razón de ser que le faltaba en su vida por no tener una verdadera comunión espiritual con la gente con la que se relacionaba. A los cristianos sólo se les atribuía, en las actividades de la Iglesia, una participación que, en definitiva, era secundaria aunque fuese importante por razón de las circunstancias (en particular si faltaba el sacerdote), y que se juzgaba insuficiente en sí misma para respetar la constitución sacerdotal y jerárquica de la Iglesia: algo considerado esencial y de lo más firme y seguro.

La influencia espiritual de estos amplios movimientos fue superficial cuando no intervinieron los recursos personales de sus miembros. Por lo general, los antiguos de la Acción católica –incluidos los que, por haberse dedicado de forma especialmente activa a ella, recuerdan con gusto aquel tiempo– tienen una formación espiritual y religiosa muy relativa, paralela a un adoctrinamiento al que sí que están resueltamente vinculados; cosa que se manifiesta con frecuencia, y sin que se den cuenta, en las formas de compromiso con las que continúan aún hoy su militancia, empujados a veces por una necesidad de activismo en la que encuentran una especie de ebriedad que les exime –legítimamente a su parecer– de pensar realmente en lo que creen y afirman.

Estos movimientos son consecuencia de decisiones de gobierno tomadas tras determinadas consideraciones técnicas. No nacen de unas iniciativas individuales –y propiamente espirituales– de unos

pioneros concretos que se jugaron su vida en ello. Dependen de las potentes corrientes sociológicas de la época, que la Iglesia supo emplear bien, ya desde el comienzo, tal como demuestra la importancia de sus efectivos y la rapidez de su extensión. Gracias a la solidez de sus estructuras y a la importancia de sus instalaciones, los movimientos perduran incluso cuando se hunden en la decrepitud. En un clima que frisa el mercantilismo, dada la importancia de los intereses de todo tipo que están en juego, nada tiene de extraño que, igual que en toda sociedad profana, en los dirigentes influyan las cuestiones de imagen, las preocupaciones de carrera, los comportamientos individuales, las maniobras de camarilla, las luchas de poder y las más bajas polémicas. No obstante, el carácter cristiano de estos movimientos lleva a recubrir pudorosamente todas estas miserias tan banales. En particular, existe una “razón de Iglesia”, que recuerda la demasiado famosa “razón de Estado” y que se invoca con frecuencia aunque también con discreción. Dicha “razón de iglesia” se reviste de disciplina y de ortodoxia, y se escuda en la eficacia y en la unidad que hay que asegurar y salvaguardar a toda costa. A veces, se infiltra hasta en la más estricta de las conciencias y justifica no ser ni recto ni justo con ocasión de lo que se dice de la Iglesia tal cual es, o de lo que se calla de ella y que no debería ser.

Allí donde la Institución ejerce la autoridad, parece estar inspirada por una concepción política “realista” que apunta, por los medios de gobierno y de poder de que dispone, a establecer un orden de sociedad del que ella es la piedra angular. Aunque oficialmente asegure lo contrario –como es el caso actual–, en términos que además convienen a la época y que así pretenden dar el pego, es claro que la Institución no actúa principalmente movida por su fe y su esperanza en el hombre a fin de hacerlo advenir; y esto es así más de lo que parece a simple vista. Por debajo de los maquillajes verbales, la verdad es que la Institución subestima fundamentalmente al hombre, que, por otra parte, con frecuencia da motivos que justifican este juicio desfavorable. La Autoridad suele tratar a los miembros de la Iglesia como “casos”, sin respetar la conciencia y la dignidad de cada

hombre pues lo que teme es el cara a cara personal. Es difícil que la Autoridad no se manifieste autoritariamente. Paradójicamente, en su política, con una prudencia completamente humana y sin nada de la locura de la fe, se guarda de sobreapreciar los efectos de la gracia en el hombre, a despecho de su doctrina sobre la misma, que es de las más firmemente enseñadas, curiosamente. Además, todo lo que parece llamar al hombre a algo más de lo comúnmente accesible a cualquiera enseguida cae bajo sospecha de elitismo.

Pero lo anterior no es la más grave de las constataciones a las que llegué a medida que fui desplegando, en un medio cristiano, la actividad principalmente espiritual a la que me sentía personalmente inclinado por fidelidad a mí mismo y a lo que había recibido de la Iglesia gracias a los grandes momentos de su historia.

Los medios de poder que emplea la Autoridad abundan la separación entre lo que los cristianos dicen y lo que viven y piensan realmente

Por los medios de poder de que dispone, y que pesan incluso en los destinos individuales (al menos en los de quienes se han comprometido con la Institución, de la que dependen material y socialmente), y por el clima que fomenta entre los fieles mediante técnicas de comunicación y de propaganda, la Autoridad impone, desde el exterior, actitudes, sensibilidades y maneras de decir que le permiten ejercer una influencia determinante sobre los pensamientos y las convicciones de muchos sin cambiarlos realmente en lo íntimo. ¿No se puede afirmar acaso que la Autoridad cultiva entre sus miembros, con demasiada frecuencia y bajo capa de religión y de espíritu de infancia, un infantilismo indudable? Por su propio ejercicio, que tiende a ser dictatorial dado el origen divino que reivindica para sí (y que a menudo es signo de una piadosa idolatría por parte de los que se someten), la Autoridad contribuye a ensanchar, aún más, el foso que ya existe en lo que los creyentes entre lo que dicen normalmente entre sí, en el plano de la doctrina y de la ética, y lo que viven y piensan efectivamente.

Esta distancia entre lo que se es de verdad y lo que se sostiene comúnmente en el medio al que se pertenece aumenta, y es tanto más general en la medida en que los hombres, gracias a su instrucción y a su nivel de vida, alcanzan una primera autonomía interior, tímido principio de una personalidad real que ponen particular cuidado en asumir. No hay mayor impedimento para la vida espiritual que esta distorsión. En el terreno religioso es algo tan común que numerosos cristianos ni sospechan que se dé en sus mismas vidas. De ahí que resulte equivocado tacharlos de hipocresía cuando, sin dudar, inocentemente, ponen de manifiesto dicha distancia.

Relatividad de la Iglesia empírica cuando se entrega a las pasiones y debilidades de los hombres

En nuestra época de desinterés religioso y de escepticismo, es frecuente que bastantes, que se declaran cristianos a través de alguna toma de posición social o política, se sometan todavía a las enseñanzas de la Iglesia sin propiamente adherirse a fondo a ellas, de las que, además, por lo regular, sólo tienen un vago conocimiento. Pero que esto no lleve a engaño: con la evolución de las mentalidades, la distancia aumenta cada vez más entre lo que los cristianos piensan verdaderamente porque les interesa y lo que por indiferencia ni se preocupan en criticar de la doctrina. En especial, este fenómeno es frecuente entre los jóvenes de este fin de siglo. Por reacción vital contra la relativa anarquía espiritual que les ha legado la generación de sus mayores, tienen tendencia no tanto a buscar de verdad el sentido de sus vidas como a darse, a toda costa, el gusto de vivir, es decir, algún tipo de seguridad y de certeza. No se interesan lo suficiente por las cuestiones que la Iglesia aborda como para reflexionar realmente sobre ellas y aceptar o rechazar efectivamente las respuestas que propone. Por otra parte, en los grandes momentos de la existencia, en los que el hombre se confronta consigo mismo sin posibles escapatorias, ¡cuántos de ellos se encuentran totalmente desarbolados hasta el punto de poder llegar a ser aplastados humanamente por esta situación que se les impone!

Estas formas de ser cristiano son tanto más generales cuanto que las doctrinas enseñadas con autoridad proceden de un pasado ya periclitado, y sus expresiones, de un universo mental completamente distinto del que hoy circunda a los hombres e irremediamente los encierra. El uso semanal de la liturgia, tradicionalmente hierática por la doctrina en que se funda y por las Escrituras que utiliza, hace que estas formas de ser cristiano pervivan pero no sin minar en los creyentes tanto su autenticidad como su integridad intelectual en el terreno religioso cuando éstos no alcanzan a reconocer los límites y la relatividad de las creencias y de los comportamientos que ellas imponen de un modo que no llama a una actividad de fe y a una observancia ética más exigentes.

Favorecer estas formas de parecer, que falsean y pervierten porque dispensan de ser y lo suplantán abusivamente, constituye, sin duda, el reproche más fundado y más grave que hay que hacer a las Iglesias en estos tiempos en que, por el contrario, la ciencia, tanto por los métodos que la hacen progresar como con ocasión de las técnicas que la aplican, exige que se observe la más rigurosa rectitud en el orden del pensar y del hacer. Si no se pusiese remedio a esto, estas apariencias sobre un fondo de piedad condenarían ineluctablemente a las Iglesias a reclutar su gente entre los hombres que necesitan soñar y que se contentan con hacer “como si” vivieran. Instintivamente, para no tener ni la posibilidad ni el tiempo de criticar estas formas de ser creyente que, en definitiva, se desentienden de la misma misión de la Iglesia, muchos cristianos se ven en la tesitura de emborracharse con actividades. Tanto la doblez de las afirmaciones que abusan de la plasticidad del lenguaje para recubrirse de ortodoxia oficial, como la doblez de los comportamientos con los que sólo se observa la ley de forma ficticia mediante acomodaciones cuya aplicación es normal de tan generales y frecuentes, son, a menudo, inconscientes. Esta degeneración amenaza, en particular, a la iglesia que es fuertemente autoritaria y centralizada, y que busca su unidad mediante una uniformidad impuesta. Muy distinta es la unidad a la que se aproxima una iglesia cuando, merced a la

fidelidad que fomenta en sus miembros, les llama, como fraternidad de hombres en comunión de fe, a través de todo lo que les aporta.

A la luz de la política vaticana seguida al comienzo del siglo XX (y retomada ahora con el fin de reajustar las orientaciones del Concilio Vaticano II a las consignas del precedente), también constaté cómo se hundía la Iglesia, inconscientemente, en la mediocridad, tanto por la marginación que imponía a los más despiertos de sus miembros como por la distancia a la que, de forma decidida, las personalidades más potentes se mantenían respecto a ella. Muchas otras consideraciones me han venido, con ocasión de las actividades de apostolado y por contactos muy directos con la vida concreta de la Iglesia: el papel del dinero, secretamente presente en reglamentaciones en apariencia de lo más ajenas a las cuestiones financieras y tan sólo dependientes de preocupaciones de tipo religioso; la unión entre el altar y las altas finanzas internacionales que reemplaza la tradicional unión entre el trono y el altar; las actuaciones políticas de organizaciones semisecretas y semioficialmente reconocidas por la Autoridad, que proliferan en la sombra con ocasión de las nominaciones a los puestos claves en las diócesis y en la Iglesia; el uso de denuncias a las que se sienten “obligados en conciencia” ciertos cristianos apasionados por todo lo que atañe a la “verdad del catolicismo”; la importancia del impacto que estas denuncias tienen sobre la Autoridad, incluso cuando son anónimas.

En contradicción con lo que se me había enseñado, y a pesar de que yo hubiera querido mantenerme en ello como punto de referencia fijo y objetivo de mi vida religiosa, todos estos hechos me llevaron, muy a pesar mío, a reconocer la relatividad de la Iglesia, entregada, como toda sociedad, en su implantación empírica, a las pasiones y debilidades de los hombres, pero también a las inadaptaciones de sus estructuras, a las malformaciones de sus iniciativas y, ¿no habría que añadir que a una especie de idolatría de sí misma, dada la “elección divina” que se atribuye?

La misión del cristiano, discípulo de Jesús, debe pasar por la puerta estrecha del fracaso y de la muerte. Ejemplo de M. Portal

Esta constatación, que iba en contra de mi necesidad de certeza y de seguridad, fue pareja con la experiencia de la complejidad y ambigüedad inherentes a toda actividad humana, incluidas las más elevadas espiritualmente. Sin embargo, esta constatación no llegó a hacerme dudar de la Acción que se abre paso en la Iglesia a través de sus miembros más fieles, en conjunto y por separado, y en el centro mismo de lo que tienen de más limitado, deficiente y torcido. Difícil discernimiento en una historia en la que se mezclan indistintamente avances y retrocesos sin poder juzgarlos verdaderamente sobre la marcha. Pide más que inteligencia y paciencia: pide la certeza, nacida de la fe, de que nada podrá ni falsear ni truncar definitivamente, pese a su precariedad y a su improbabilidad, las resonancias de la percusión, más espiritual que religiosa, provocada por la corta e intensa vida de Jesús hace veinte siglos. No; nada llegará nunca a paralizar para siempre dicha repercusión, ni la evolución orgánica y el desarrollo creador de la sociedad hacia una condición más propia del hombre (movimiento en el que Israel participó de forma especial y vigorosa en el pasado). Pero, ¿quién dirá qué mutación –desconcertante para otra mirada que no sea la de la fe– tendrá que vivir la Iglesia para continuar siendo el agente de dicho movimiento?

Vivir de este modo y perseverar en el don de sí a la Iglesia sin limitarlo en nada cuando tantos cristianos se abstienen silenciosamente o se separan de ella; hacerlo con todo el ser, a despecho de las reacciones violentas que uno mismo comparte con pasión y que apartan y mantienen lejos de ella a tantos hombres rectos: esto es lo que la fe extrema exige de aquél que, en la noche, por fidelidad, se consagra, hasta consumirse en ello, a una misión que él sabe, cada vez con mayor evidencia, que es imposible con una imposibilidad radical debida a lo que la Iglesia es ineluctablemente, dado el mundo de donde procede y en donde tiene que actuar. Pero, ¿no es esto mismo lo que, en su tiempo, Jesús vivió con Israel y le dio a su vida una fecundidad que la tradición judía preparó pero que no podía alcanzar

sin que uno de los suyos, hombre más que ningún otro, pasase por la puerta estrecha del fracaso y de la muerte? ¿No es éste el secreto destino, hecho conforme a su talla, de todos los que prepararon y posibilitaron el advenimiento de Jesús, y, a continuación, de todos los que, en su seguimiento, han vivido de su fidelidad hasta el extremo, pase lo que pase? M. Portal, por lo que había vivido en la Iglesia, me abrió al misterio de la cruz mejor que todas las tradiciones pasadas, fundadas sobre concepciones arcaicas de Dios y del hombre, demasiado ajenas a mi universo mental.

III

A las razones de ser cristiano basadas en la autoridad de la Tradición, se añaden hoy las que surgen de la toma de conciencia de sí mismo y de la condición humana

Con los modos de sentir, de imaginar y de pensar ineluctablemente propios de toda persona con o sin estudios, del siglo XX y de Occidente, un cristiano, aunque quiera, no puede ser auténticamente creyente si se limita a emplear las expresiones de fe y a poner en práctica las prácticas de culto elaboradas y seguidas antaño con éxito por los judíos y griegos que se convirtieron y por todos los que luego les sucedieron a lo largo de todos los siglos de estabilidad de la Cristiandad. Aunque se esfuerce, este cristiano no puede limitarse a aparentar y no darse cuenta de ello, al menos en determinados momentos y aunque sólo sea en los flecos de su conciencia. Por eso, en nuestra época, un cierto “retorno a la religión”, presente en nuestras latitudes, no está motivado sólo por el simple retomar las costumbres religiosas de los propios antepasados o de la tierra de uno; costumbres secretamente inspiradas por unas consideraciones políticas conservadoras o incluso debidas a un sentimentalismo hereditario que aflora a la superficie en determinadas circunstancias de la vida, cuando los horizontes se estrechan y amenazan, y el pasado adquiere nueva importancia hasta el punto de dominar el presente.

A decir verdad, ¿hay alguna verdadera conversión al cristianismo en la actualidad que no haya supuesto dificultades considerables al nuevo creyente, venido ya de una sociedad cultivada y prácticamente atea? Estas dificultades, en seres enteros e inclinados a tomar decisiones extremas, a veces comportan –lamentablemente– algunos vuelcos bruscos en su forma de ver las cosas antes, y algunas rupturas brutales –y completamente injustificadas– de su forma de ser anterior, necesarios para moldearlos según una mentalidad y una práctica anacrónicas pero todavía normales en los ambientes a los que se incorporan y con los que tienen que comunicar, si no comulgar. En el futuro, su vida quedará marcada por estas severidades que tornan duros a los que las experimentan.

Un cristiano, en ciertos momentos de su itinerario, ¿no debe preguntarse por sus razones de ser aún cristiano cuando ve a tantos, que están en perfecto acuerdo consigo mismos y también con él en muchos puntos, profesar una religión completamente distinta o un claro agnosticismo al tiempo que tienen un sentido del hombre y de lo humano que él mismo admira? Tengo la impresión de que este interrogante será todavía más frecuente en los tiempos venideros. Parece cobrar fuerza a medida que se progresa espiritualmente y la religión que uno practica se libera de las limitaciones que antes (desde el comienzo, y no sin utilidad e incluso de forma necesaria a veces) encorsetaban en particularidades y estrecheces, e impedían el camino hacia lo universal. ¿Hay algún acercamiento a la religión en espíritu y en verdad que no pase por esta pregunta, y más en los tiempos de soledad en los que se constata, con más lucidez que de costumbre –y con más fuerza por tanto–, el desajuste que hay entre lo que uno mismo vive en lo íntimo y las prácticas religiosas que impone una reunión de gente de nivel espiritual muy diverso, por su misma existencia y por sus actividades como grupo? Este desajuste, ¿no hace que nos preguntemos, a veces, si somos de la misma religión que los que nos rodean?

Para entrar en el camino de la fe, y aún más para perseverar en él, hacen falta razones que surjan de una honda conciencia personal

de la condición humana. No basta, como antes, el reconocimiento meramente objetivo de los fundamentos de la autoridad y del valor de las tradiciones. Toda actividad de conciencia colectiva o individual es hoy mucho más exigente que hasta no hace mucho. Lo que antes se podía vivir “auténticamente” aunque fuese dentro de un clima de evidencias engañosas y de certezas erróneas compartidas por todos secularmente, en la actualidad sólo se podría aceptar a través de las ambigüedades de una religiosidad heredera de milenios que todavía unos concordismos oportunistas, aprovechando un laxismo indudable del pensamiento, se esfuerzan, en connivencia con la mentalidad del tiempo, por poner al nivel de los conocimientos modernos. No cabe duda de que un hombre en búsqueda espiritual, y que aspira a la integridad intelectual y a la rectitud de conducta, puede llegar a ser religioso y a crecer en la fe partiendo de la religiosidad espontánea que se agazapa en el corazón de todos aunque la rechacen. Pero hoy resulta del todo imprescindible criticar esta religiosidad atávica y transformarla poco a poco hasta llegar a transmutarla, según se vaya imponiendo, en nuestro espíritu y en nuestra conciencia, el imperativo de hacerlo. De modo análogo obramos con nuestros instintos para volverlos propiamente humanos.

Esta religiosidad, junto con todo lo que se le ha ido adhiriendo a lo largo de los siglos para darle un color adecuado a cada época, se convertirá entonces en una especie de trama de fondo sobre la que habrá que tejer lentamente, como prolongación pero también por contraste, la religión en espíritu y en verdad, universal por su capacidad de llamar a todo ser humano suficientemente maduro a responder a las exigencias íntimas propias de la honestidad y de la autenticidad en el pensamiento y en la vida. El creyente, cuando habla de Dios todopoderoso y misericordioso según la representación de su religión visceral, corregida y amplificada un poco por la doctrina neolítica de su Iglesia, cuando cubre a su Dios de alabanzas, y en sus poemas y en sus cantos se maravilla por la naturaleza y por lo bueno que le sucede providencialmente, así como cuando acosa a su Dios con sus súplicas y se abisma ante Él por sus propias miserias y miedos, lo

que busca en el fondo es sentirse protegido en su indigencia y defendido de lo que le amenaza, paternalmente pero también materialmente. Trabado por lo que dice, y que procede de lo más profundo de sí, expresa, de forma primitiva y primaria y a menudo dramática, muy próxima a las violencias emparentadas con las “potencias cósmicas”, su necesidad de certeza y de seguridad y, más en lo hondo todavía, su hambre de amor y su impotencia para amar, no sin adquirir una conciencia más viva de su condición humana. Más allá de la religión que practica, el hombre prepara de este modo la religión que le abrirá, en el centro mismo de su propio misterio, hacia el Dios interior que le hace llegar a ser según la medida de la acogida que reserva a su Acción en él.

La liturgia, vector de la religiosidad milenaria pero también camino de la religión en espíritu y en verdad

La liturgia, cuyas expresiones inspira, sobre todo, la representación que le dicta al hombre la religión natural incluso cuando éste ya ha alcanzado una vida espiritual personal, está completamente vuelta hacia Dios. Por eso puede ser, para el creyente, un camino hacia la religión en espíritu y en verdad adecuado a su capacidad y a su llamada, y un medio de entender mejor los siglos y milenios pasados en que, bajo mil formas, se dejó oír el grito del hombre entregado a la contingencia y presa del deseo de absoluto, el grito de un Mundo en dolores y expectativas de gestación y de parto. Grito ciego en que se mezclan indistintamente todas las pasiones del corazón, tanto las elevadas como las abyectas. Grito interminable cuando el hombre se entrega a los lamentos o al odio. Grito salvaje de ternura, y de un amor sin límite y sin fin.

Comprendida así, la liturgia, gracias a la potencia de los sentimientos que impone por las técnicas empleadas en las ceremonias de culto, educa al hombre en la toma de conciencia de su condición en un Mundo radicalmente inhumano del que sin embargo ha surgido, al que está entregado, que le ciñe y que le oprime y al que debe abrazar y desposar en su totalidad, pero al que también trasciende por la

realidad de su conciencia y de su devenir. Este “saber cruel” es la base imprescindible para una religión en espíritu y en verdad que, necesariamente personal y en parte subjetiva por tanto, pretende alcanzar su plena dimensión y todo su peso existencial y así aproximar al hombre a su singularidad, que desemboca en lo universal.

Esta puesta en tela de juicio de la religión que uno vivió fervientemente en su juventud, ¡cuántas idas y vueltas, abandonos y retornos no llega a conocer! Lo deseable es que, a la par, se dé la elaboración de una nueva forma de ser religioso que tome el relevo pero en tradición con la antigua. Por ahí, poco a poco, llegamos a una vida más conforme con nuestras posibilidades de pensar, de decir y de hacer que, de este modo, se despliegan y adquieren su valor genuino, y alcanzamos una existencia con un mejor arraigo en nuestra historia y en nuestro ser profundo. Esta búsqueda, precedida por el ejercicio del espíritu crítico que la llama y la prepara, sin cesar acompañada por dicho espíritu y ejercida con inteligencia y perseverancia, exige, para llegar a buen puerto, una interioridad creciente, adecuada en lo posible a una vida fiel a las exigencias interiores que apuntan dentro del hombre.

Sin duda siempre hubo seres capaces de esta obra interior merced a sus recursos personales, incluso si las condiciones en las que se encontraban no los ayudaban apenas o más bien los disuadían de ello o a veces se oponían. Numerosas causas pueden provocar este ponerse manos a la obra parecido al inicio de un nacimiento. Entre ellas está –y no es la menos poderosa– el sobresalto vital del hombre amenazado en lo esencial por las presiones y las seducciones de la sociedad moderna, de tendencia concentracionaria por su manera de ser principalmente ciudadana, industrial y alejada de la naturaleza. Parece además que los hombres de este fin de siglo, en muchos países evolucionados, son más capaces que antaño de acceder a una interioridad despierta y diligente. Son más frecuentes entre ellos los intentos de comportarse con autenticidad y de ser honestos intelectualmente. Tales intentos son siempre muy exigentes desde el punto de vista espiritual, pero hoy quizá todavía lo son más a causa del progreso de los

conocimientos y de una mentalidad científica menos entregada a los espejismos y a sus seducciones. So pena de no favorecer ya el ahondamiento humano hasta el punto de llegar a distraer de él, e incluso impedirlo, las religiones se verán obligadas a revisar sus tradiciones, demasiado marcadas por un pasado obsoleto que en adelante no puede ser pensado ni vivido sin falsificación. De otra forma, ¿cómo no verse condenadas a desaparecer a la larga, al igual que todo lo que subsiste sólo porque ha sido alguna vez, y más cuando entorpece, por su simple presencia, lo que puja por nacer?

La reflexión crítica y creadora debe reservar el lugar principal a lo esencial. Caso de la celebración eucarística

Un cristiano del siglo XX, visto su conocimiento actual de las dimensiones de la humanidad, ¿le atribuye verdaderamente a su religión, tal como la practica, la posibilidad de ser universal, tal como ella reivindica y como él asiente por su fe, si se atiende a lo que es normal y está establecido desde antiguo en su Iglesia? Antes, apenas se vislumbraban las dimensiones espaciotemporales del misterio humano: permanecían ignoradas tanto su antigüedad, perdida en los milenios previos a la historia, como su extrema diversidad, en continuo desarrollo mientras el hombre se veía entregado sin cesar y sin remedio a su devenir, siempre rozando lo peligroso y lo improbable; y tampoco se sospechaban las dimensiones del Universo en expansión y sin comienzo ni fin propiamente pensables, sin medida y como ilimitado en el espacio y en el tiempo. Actualmente, el cristiano del siglo XX puede distanciarse de la visión antigua de la universalidad de su religión sin dejar por ello de entregarse a fondo a la vida espiritual, resueltamente fiel a su Iglesia pero ya sin el sectarismo y el propagandismo, latentes en toda adhesión a una doctrina, por elevada que sea, si se ignoran su lenta elaboración y sus avatares a lo largo de la historia. ¿No debería relativizar entonces el cristiano su práctica religiosa? En la medida en que se lo permita una vida fiel, descubrirá, en efecto, y de forma paulatinamente más importante y decisiva, la dimensión contingente de lo que hasta entonces creía que procedía de lo abso-

luto. Gracias al camino recorrido, estará en condiciones de reconocer además, subyacente en las maneras de vivir de las otras Iglesias e incluso de fuera del cristianismo, algunas aproximaciones a lo universal emparentadas con aquella que subtiende su propio itinerario. Más que sentirse turbado por estos descubrimientos, se alegrará de ellos y pasará a ocupar su lugar entre la innumerable muchedumbre de los buscadores de lo esencial.

Paradójicamente, los creyentes se sienten espontáneamente muy vinculados a lo que es más accesorio en la práctica de su religión, y que coincide con lo que es más visible y frecuente. La Autoridad se puede ejercer con más facilidad y diligencia en este terreno. Por eso, cada Institución insiste especialmente en estos elementos que sitúan a cada Iglesia frente a las otras, la separan del resto y así la afirman en su identidad. Ahora bien, para que, en la práctica religiosa, lo esencial no quede demasiado enmascarado por lo accesorio (que en teoría tendría que servir para realzarlo), sino que, por el contrario, resulte evidente y claro pese a su carácter indelimitable e impreciso, es necesario que las actividades de crítica y de creación de los cristianos brinden a lo esencial el lugar principal y lo mantengan en él, frente al peso de la costumbre y de la debilidad espiritual que continuamente dan paso a que dicho lugar lo invada lo accesorio, al que la religiosidad, crédula de su sacralidad, acaba absolutizando espontáneamente.

En la misa, por ejemplo, ¿no convendría relativizar el pan y el vino, que se utilizan hasta ahora de forma exclusiva incluso en países donde son insólitos y por ello pueden favorecer la superstición? ¿No habría que relativizar también el carácter escatológico o sacrificial que desde el comienzo se atribuyó en seguida a la celebración eucarística, y que son perspectivas acordes con las costumbres y preocupaciones del tiempo que vio nacer dicha práctica pero que ahora resultan demasiado ajenas a la mentalidad moderna en muchos países? Por el contrario, para favorecer un acercamiento real a lo absoluto que subtiende esta acción ritual que está en el centro de la vida espiritual cristiana, ¿no sería necesario poner en evidencia el carácter único de dicha comida, la última de Jesús con sus discípulos, en un

clima marcado por la muerte y el desastre? Nuestra verdadera indignidad cuando queremos hacer memoria de esta acción en que se recapitula y resume lo que Jesús vivió, ¿no está en nuestra impotencia para reactualizar verdaderamente lo que parece una situación extrema de la historia de la humanidad: la que se repite como un eco a través de los siglos y que conocen todos los seres que, yendo hasta el fin de sí mismos y de su misión según su medida, apuntan a ser testigos de lo esencial? ¡Cuántos otros ejemplos se podrían aducir en los que la práctica religiosa, demasiado polarizada por las luces de una doctrina hecha por manos humanas, distrae de la grandeza del acontecimiento que Jesús vivió, el cual, por el contrario, debería estar en el centro de la meditación del cristiano!

Las Iglesias no han nacido del proyecto de un fundador sino de la Acción divina en Jesús, prolongada en sus discípulos

A decir verdad, una religión sólo puede ser universal si, por los progresos de la vida espiritual que promueve en sus miembros, los hace capaces de apropiarse de su condición humana con autenticidad y tanto como sea posible, visto lo que son de manera singular, plena y profunda, y, en particular, cuando se dan situaciones extremas que los confrontan más directamente con ellos mismos, es decir, sólo puede ser universal una religión si, por las actividades generales que ofrece a sus miembros, está a la altura de responder al misterio de cada uno en su unidad y unicidad, a lo largo de su vida. Pero entonces, ¿no hay que concluir que, bajo formas múltiples y de una diversidad ilimitada, esta religión no puede concernir a una colectividad ideal a la que da forma una institución perfecta y de derecho divino sino que debe ser engendrada, más bien, por la comunión de sus miembros en la fidelidad a un mismo espíritu? La gracia de las Iglesias es haber nacido no del proyecto de un hombre que sería su fundador sino, secreta e indirectamente, de la acción divina desarrollada en Jesús, en la plenitud de humanidad que le era propia; acción que venía ejerciéndose en el pasado, desde el advenimiento de la conciencia, según los medios de los que el hombre iba disponiendo.

Prolongada en los discípulos en la medida en que son fieles a ella, esta acción, por lo esencial que comporta para ellos, recibe de su comunidad religiosa una ayuda de ordinario necesaria.

El cristianismo no tiene como base ni un libro ni una doctrina, aunque se haya desarrollado desde el comienzo en connivencia con unas consideraciones muy elaboradas sobre el plan de Dios y el papel salvífico de Cristo. Pese a propagarse de voz a oído por la predicación, lo esencial de la doctrina se arraigó secretamente en lo íntimo del discípulo gracias a las confidencias de corazón a corazón del Maestro. La doctrina recibió, de esta forma de transmisión inicial, no tanto la maleabilidad de unos modos de expresión, siempre abiertos a un sentido que sólo es precisable si se abusa de él y se le limita, cuanto una profundidad que procede del misterio del hombre. Esto explica que podamos sobrepasar las afirmaciones explícitas de dicha doctrina y elevarnos hasta el espíritu que inspiró su elaboración, que, a diferencia de la letra, procede de lo universal. El cristiano puede pretender este nivel de intelección cuando el crecimiento de su fe se lo permite y exige. Vivir de manera auténtica en la adhesión a las creencias que por el momento explicitan su fe y nutren su espíritu de forma adecuada, es decir, útil, pese a su carácter relativo; implicarse con todo su ser en ello de suerte que otros puedan reconocerse a despecho de las diferencias que la diversidad de las condiciones de vida impone, esto es lo que hoy se exige del cristiano que aspira a ser libre de llegar a ser él mismo, a ser, por eso mismo, artesano de una religión capaz de ayudar a poner en acto las potencialidades humanas y ser, por ello, universal.

Tal debería ser la preocupación mayor del cristiano cara a impedir que insensiblemente su religión acabe por no tener sentido para él y sólo conservar el gusto propio de lo que es del pasado de uno. Y tanto más debería ser ésta su preocupación mayor si entregó su vida completamente y la comprometió “hasta perderla”. De lo contrario, tiene que reconocer, si no se niega por principio a ello, que su Iglesia se ve gravemente impugnada por las nuevas circunstancias. Su lugar y su importancia en la sociedad disminuyen, en efecto, hasta tornarse

de lo más precarias, y su deber de encarar unos problemas hasta ahora inimaginables la cogen totalmente desprevenida a causa de su rechazo, altanero y de tiempo atrás, a considerarlos seriamente con ánimo de reajustar su doctrina. El cristiano ve, pues, a su Iglesia incapaz de asumir, por falta de vitalidad espiritual, esta situación que la pone en serio peligro. La nota paralizada por un pasado del que no osa desprenderse, con franqueza y tanto como debiera, por miedo a perder su identidad. En estas condiciones, ¿cómo no sentir vértigo ante un porvenir que sólo permite creer con la fe desnuda propia del discípulo que no puede soportar el pensamiento de que su Maestro haya vivido finalmente en vano? ¿Cómo no conocer la tentación de abandonarse a la fatalidad y a la suerte ciega del destino?

Velar por guardar los valores que permitieron a la Iglesia permanecer viva pero sin confinarse en la estricta conservación de lo que antaño bastó

Para que la vida espiritual no esté condenada a vegetar y reducirse, al final, a unas simples ideas vagas y semipensadas, y a unos comportamientos sin gran alcance observados tan sólo por una rutina semipasiva, es muy importante que el cristiano, llegado el momento, se libere, progresivamente y bien –es decir, según las cadencias de su vida espiritual–, de las facilidades de todo tipo que la ayudaron a nacer felizmente en sus comienzos. Pero, durante este proceso de desprendimiento de lo ya superfluo para la fe, vivido paso a paso con fidelidad, ¿cómo no constatar las insuficiencias y las precariedades de las tradiciones más acreditadas, sus ambigüedades, sus desvíos y sus ilusiones? ¿Con qué medios extraer, a partir de lo más esencial de dichas tradiciones, el vigor espiritual necesario para impugnarlas, y así corregirlas y preparar mejor el porvenir, al que nada de antemano podría limitar sin falsearlo? Al guardar diligentemente los valores que permitieron a la Iglesia mantenerse viva a través de los siglos, ¿cómo no confinarse en la estricta conservación de lo que antaño le bastó para ocupar el lugar que le correspondía pero que ahora ya no le capacita para ser fiel a la misión que debería asumir? Gracias a la inte-

ligencia espiritual que la Iglesia posibilitó por su manera de ser, o de la que, paradójicamente, fue la ocasión pues algunos la alcanzaron al reaccionar con razón contra ella, ¿de qué modo extraer –más que recibir– luz de ella acerca de lo que ella debería ser en el porvenir para tener la fecundidad por la que mantendría su razón de ser?

A todas estas cuestiones y a las que están implicadas o dimanar de ellas he intentado responder en mis libros de forma intelectualmente satisfactoria y que me ayudara a vivir como creyente, sin hacer trampa ni a mí ni a los demás. Estoy persuadido de que muchos lectores se reconocerán en mi obra y no desesperarán –fieles a la fe de sus mayores en lo esencial y en la línea de los Evangelios pero más allá de los horizontes limitados del tiempo de su redacción– en el empeño de dar a dicha fe no sólo una expresión lo más adecuada posible al universo mental actual, sino un alcance más conforme con los conocimientos irreversibles del Mundo y con la extrema diversidad de las necesidades y de las posibilidades actuales del hombre.

La sociedad está en plena expansión en todas direcciones a medida que conciencia la expansión del Cosmos. Es como para sentir vértigo. También es un signo, para quien lo capta, de la grandeza potencial del hombre pese a las ínfimas dimensiones de su vida. Todo sería mucho más simple y comprensible si permaneciese inmutable e inmóvil, del tamaño y orden que son plenamente accesibles al pensamiento. Sólo la fe permite entrar en la inteligencia de una estabilidad y de una armonía que, en el seno de lo mudable e imprevisible, pese a las condiciones continuamente efímeras y cambiantes –siempre al borde del caos–, se afirman a través de una historia en apariencia precaria hasta el punto de tornar el porvenir tan improbable como lo hace lo imposible; imposible que la fe sola puede afrontar y que es de necesidad, igual que lo es el ser. La gran tentación es mantenerse en la altiva inmovilidad en la que la imaginación de los hombres ha visto, casi siempre, el atributo privativo de la divinidad: permanecer ahí y alcanzar insensiblemente el estado de los astros muertos, encadenados para siempre a su trayectoria invariable.

La indagación incesante, fruto de la fecundidad de la búsqueda espiritual, ayudará a la Iglesia a progresar en la vía de la fidelidad y de la fe

Si el hombre se alza en su búsqueda al nivel de la fe, y se entrega por completo a esta singular facultad que se apoya en el conocimiento para desarrollarse en su orden propio, ¿no es porque animado por ella es como abre, en la zona de lo real de la que ha salido y que puede asumir, un espacio de libertad creadora en medio de un Universo en vías de atrofiarse sin remedio y por completo, víctima de la uniformidad y de la inmutabilidad? Mis libros han querido contribuir a esta búsqueda que no podría alcanzar su meta sin fracasar, y cuyo indagar incesante es ya el primer fruto intemporal de su fecundidad. Lo han intentado en una porción ciertamente ínfima, y que además habrá que rebasar para que la Iglesia, a la que le cuesta tanto desprenderse de los encantamientos del pasado, progrese en la vía de su fidelidad hacia la fe cuyo crecimiento hacia la vacuidad que le corresponde ninguna creencia logra limitar, contrariar o entorpecer. Tengo la firme esperanza, además, de que, en el futuro, mis libros continuarán obrando a favor de lo que se promete en este camino que es signo del devenir del Mundo; un devenir que a nadie se le ha dado saber cómo ni cuál será.

IV

¿Se puede mantener todavía como un postulado el realismo ontológico?

A decir verdad, a despecho de la rectitud y de la finura y exactitud que nos esforzamos en dar al pensamiento, nunca es posible liberarlo como sería necesario de las creencias que en el pasado sostuvimos con fuerza y plenamente, hasta el punto de que la perspectiva de que dichas creencias un día, de una manera u otra, en parte o totalmente, debieran recusarse resultaba algo insoportable y ni tan siquiera

ra concebible. Muy particularmente, las que se nos expusieron en nuestra juventud, con autoridad y sin vacilación pero también sin matices, y a las que nuestro entorno daba unánimemente su acuerdo: ellas fueron las que dictaron, en conformidad con nuestro ser y sin reservas por nuestra parte, de forma singular y resuelta, las primeras decisiones importantes de nuestra vida. Sin embargo, es fundamental, para el porvenir que se promete en nosotros, que nos esforcemos por alcanzar una independencia de espíritu suficiente. Ella es la condición de posibilidad de la libertad y disponibilidad de nuestro pensamiento más allá de los escrúpulos y de las aprehensiones personales que a menudo lo obstaculizan y de las sospechas e incluso condenas que recibe, cuya firmeza se acrecienta por las reacciones de autodefensa del medio.

Ha pasado ya el tiempo en que, bajo el efecto de la evidencia, las fórmulas doctrinales parecían adecuarse exactamente a lo real de lo que pretendían dar cuenta. Desde hace mucho, quizás desde siempre, esta relación estrecha y sin fallo se consideraba indiscutible. No planteaba dudas. Intangibles hasta en su letra, estas elaboraciones del pensamiento se consideraban independientes de los universos mentales de los que procedían a medida que éstos se substituían unos a otros y se diversificaban en la historia. Dichas elaboraciones constituían, tal como se suponía entonces, un fondo común perteneciente a toda la humanidad, dotado de carácter absoluto. Ahora, como consecuencia de los progresos hechos en el análisis de las actividades que concurren en la formación del conocimiento y de sus formulaciones, tal seguridad se reconoce ilusoria.

Sin duda estas actividades intelectuales y sus formulaciones abrieron al hombre, afortunadamente, a un primer saber. No obstante, este saber, incluso cuando se le considera como una pura revelación de origen sobrenatural, en verdad no es ajeno a algún conocimiento de lo real alcanzado por los sentidos y reflexionado y ordenado por su razón. En su realización y expresión, este saber quedaba limitado, de forma primaria, a las apariencias más visibles sobre las que se elaboraron las más audaces construcciones de la imaginación.

Estas formulaciones doctrinales, con su desarrollo progresivo, representaron los primeros pasos del espíritu. Sin embargo, revestidas de un carácter que las hacía inaccesibles a la crítica, parecieron dispensar, equivocadamente, de unas búsquedas que se prohibieron casi siempre y que, sin embargo, poco a poco, habrían aclarado lo que estos datos, más erróneos que exactos en definitiva, se esforzaban en decir como podían a fin de que se tuviese alguna inteligencia de lo real de la que se pudiese vivir.

El “realismo ontológico”, afirmado como un postulado intrínseco del espíritu en su actividad cognoscitiva, suprime de hecho la cuestión de saber si las representaciones que nos damos de lo real lo expresan hasta el punto de que las deducciones lógicas que se pueden derivar de ellas son válidas para prolongar el conocimiento de lo que no puede ser alcanzado correctamente. Desde siempre este postulado ha fomentado la búsqueda intelectual y permitido alcanzar la verdad sobre lo real que se proponía a nuestra consideración. Ahora tiene que ser remplazado por la modestia de otro tipo de realismo, más pragmático, que únicamente pretende extraer del saber algún efecto sobre lo real. ¿No es en este punto donde las diversas representaciones de lo real que la ciencia utiliza con este fin pueden ser lógicamente contradichas, incompatibles entre sí, pero teniendo cada una de ellas su propia eficacia en la zona que le corresponde, caracterizada por la dimensión y la cualidad de los fenómenos que observa?

Difícil camino, interrumpido por periodos átonos en que avances y retrocesos se alternan, impuestos casi por las situaciones y los acontecimientos, y provocados por las etapas de la maduración. Perturbado por las audacias de las andaduras del espíritu y por las timideces de las aproximaciones del pensamiento, este avance sinuoso, sin jalones, sin reposo, parece abocado al fracaso. Muchos auguran la ruina de la fe y se abstienen prudentemente de dar un paso en ella, siendo así que, si hubiesen entrado por esa vía y la hubiesen proseguido hasta el final, habrían alcanzado una vida espiritual que, en adelante, permanecerá para siempre desconocida para ellos a pesar de las certezas con las que se recubren. Este camino no ignora las horas

de vértigo en que todo se cuestiona, hasta lo más seguro, y en que todo debe revisarse nuevamente, pues todo tiene que repensarse para ser real de una forma más verdadera. Ciertamente, estos desfiladeros son, en cierto sentido, peligrosos, pero luego resultan muy seguros en realidad. Estas superaciones de sí mismo a las que conducen las exigencias íntimas y personales observadas con fidelidad, y estos despojamientos que aumentan sin fin bajo todas sus formas, no son sólo muestras de ascesis virtuosa sino que imponen mucho más. Son necesarios para la maduración espiritual del hombre cualquiera que sea el camino que tenga que seguir. En el tiempo de la vejez, todo lo que hemos tenido que vivir debido a lo que éramos en potencia tiene que ser recapitulado por una toma de conciencia englobante y totalizante, de manera que, así constituida –dicha conciencia– en su especificidad y unificada a partir de la diversidad de nuestra historia, podamos llegar a ser nosotros mismos en libertad: eso es lo que permanecerá de nosotros cuando el resto pase y desaparezca.

Las creencias, en estrecha relación unas con otras, son además tributarias de los tiempos y lugares de su elaboración

Como en los primeros días del *homo sapiens*, el hombre todavía tiene que nacer a su humanidad. Sin cesar necesita de lo que no es él para llegar a ser él mismo bajo una acción que, además, tiene que descubrir que no es sólo suya si quiere acogerla bien. Lo acabará logrando, a pesar de lo que el pasado le impone, tanto por herencia como por su propia historia, y a pesar también de lo que le dictan las evidencias comunes de su medio y las tradiciones que todavía no ha examinado y puesto a punto. Nada le hace llegar a ser él mismo, según sus potencialidades personales, y a aproximarse al ser que despunta en él si no lo acoge, en su momento, con la totalidad de su inteligencia y de su voluntad. El hombre vive de todo lo que se le propone. Sin embargo, para vivir verdaderamente de ello y no padecerlo pasivamente, tiene que apropiárselo mediante una actividad de la que nada puede dispensarle ni nadie remplazarle. Además, sólo recibe lo que antes ya poseía, aunque todavía estuviese o demasiado cerca o

demasiado lejos para poder alcanzarlo. Con todo, fruto de un trabajo de asimilación en el que participa pero que le supera, lo que poco a poco accede a su conciencia clara se simplifica y se unifica en lugar de desarrollarse exclusivamente por mera acumulación y sistematización precisa. Esto que emerge, cuanto más tiene que ver con su misterio, tanto más necesita encontrarlo a su manera en lo más profundo de sí, como una confirmación, a fin de que sea para él fuerza y luz, y no algo exterior a su vida y que lo distrae de ella.

Las creencias, que el cristiano ha heredado en bloque del pasado por su pertenencia eclesial, están mezcladas inextricablemente con las evidencias que proceden de su medio y que nadie antes ha pensado tener que criticar. Estuvo unido espontáneamente a ellas con toda su alma; respondió a ellas con atención, con fe y con fidelidad, a lo largo de sus días, para gran bien de su vida espiritual en sus inicios y en sus primeros pasos. Sin embargo, ulteriormente, a partir de la etapa que abre mar adentro, estas creencias tienen que ser objeto de una adhesión global que, no obstante, no se reconoce completamente en ninguna afirmación particular que pretenda agotarla y resultar imprescindible. Sólo así no serán –las creencias– un obstáculo al crecimiento de la fe; a lo cual sólo llegarán por una lenta maduración del creyente; maduración que excede lo que se puede conseguir por el mero conocimiento y simple empeño voluntarioso. El creyente, sin vincularse en particular a ninguna de sus creencias hasta el extremo de asignarles un valor absoluto, las relaciona unas con otras y así las relativiza. Sin destacar ninguna por encima del resto, las sitúa en su justo lugar, solidarias entre sí a partir de unas relaciones que dan a cada una el sentido y el alcance que no sabrían detentar por sí solas. De este modo el creyente alcanza el nivel de la fe: ese movimiento de todo el ser, uno y global, que ningún decir expresa completamente y que sólo una vida fiel a sus compromisos personales y exigencias íntimas sostiene por su dinamismo interno. Contempladas las creencias en su secuencia temporal, la intelección de unas, vistos los acontecimientos que estuvieron en su origen, ayuda a entrar en la intelección de las otras. Las más recientes no pueden comprenderse verdadera-

mente si no se tiene una comprensión honda de las más antiguas. De otro modo, negligiendo éstas, se corre el riesgo de sólo tener una idea imaginaria del desarrollo de la doctrina. Considerada aparte del resto, cada creencia se presta e incluso conduce a errores de bulto en los desarrollos lógicos y afectivos que se hacen en su nombre.

La inteligencia de lo que Jesús vivió es la fuente que permite dar a las creencias su lugar adecuado y su alcance exacto

La historia de los orígenes y del devenir del cristianismo, releída a la luz de su propia fidelidad, permite al cristiano ser tanto hombre de fe como hombre de su tiempo. La actividad religiosa de los cristianos que no pertenecen a su Iglesia únicamente por espíritu de cuerpo y que no se adhieren ciegamente a su doctrina por tradición sistemática, les conduce, en este fin de siglo en que todo está de nuevo en cuestión (incluso en quienes afirman lo contrario con la última energía que les queda), a buscar conocer mejor las creencias y la historia de esta singular elaboración de la doctrina y de las leyes desarrollada durante siglos en Occidente y que afecta a las cuestiones esenciales que todo hombre consciente se debe plantear para ser verdaderamente un viviente en pie tal como se puede ser en su época. Tales creyentes, sin rechazar una utilidad innegable a las enseñanzas de su Iglesia y a su ética, pero sin ignorar lo que comportan de contingente (pues son obras turbadas como las que más por las pasiones humanas, que van de las más excelentes a las peores, y donde están presentes todas las ambigüedades de una conciencia compleja en vistas a constituirse en su viviente unidad), se esfuerzan por aclarar este don del pasado criticándolo a la luz de su propia experiencia espiritual, muy limitada también y en plena gestación.

Siempre en búsqueda, se concentran en esta indagación que les coge por completo y que supera con mucho, por las actividades que comporta, lo que pueden planear conscientemente. En particular, están a la espera de alguna perspectiva nueva que les permita penetrar un poco más en la inteligencia de lo que Jesús tuvo que vivir, hace veinte siglos, durante unos pocos años interrumpidos trágicamente,

para estar en el origen de una percusión espiritual y de una presencia tales que a las Iglesias les cuesta reducirlas a simple práctica de una nueva religión. ¿No está ahí el arranque del gigantesco trabajo de pensamiento que elaboró la doctrina que enseñan las Iglesias y del que ellas hacen, cada una a su manera, su razón de ser? Los cristianos, si no intentasen acercarse, cada vez más, a la fuente de esta fuente sin obviar –antes al contrario– sus condiciones históricas, ¿cómo podrían dar a las creencias su lugar y su alcance verdaderos, a diferencia de lo que ocurría en el pasado en que sólo se conocía la historia de los orígenes del cristianismo a través de la doctrina que las Iglesias mismas elaboraron? Sin cesar tales cristianos se esfuerzan por volver actual, como si fuera contemporáneo, a este hombre entre los hombres, más sensible quizá que cualquier otro de los de su generación a los sufrimientos de su pueblo, del que se sabía el heredero, del que se sentía responsable; un pueblo inteligente y orgulloso, aplastado por su destino, donde bullían –no sin grandeza en sus violencia y ambigüedad– todas las pasiones que animan, individual y colectivamente, en el tiempo de la opresión, a quienes esperan vivamente su liberación.

Discípulos de Jesús más que adeptos de una cristología, mediante una aproximación siempre a reemprender, extraen, de lo que su Maestro vivió, lo que ellos deben vivir. Fuera de él perdidos sin recurso en el seno de un universo donde reinan lo inmenso y lo ínfimo (dimensiones que se les escapan y que los amenazan pues ambas son, por estructura, ajenas a lo más específico del hombre), se sienten totalmente desprotegidos, y tanto más cuanto más conscientes son de su condición. En Jesús encuentran un padre según el espíritu que les ayuda a mantenerse firmes en la originalidad de su condición, a no dejarse aplastar por las desmesuras del Mundo de la materia y de la vida y a volverse más humanos en la libertad de una actividad creadora abierta, por fidelidad, a las llamadas que emergen de su profundidad y proceden de su misterio. Heredar de la tradición que formó a sus antepasados, gracias al vigor y al fervor que reciben de ella primero, criticarla después para vivir de ella mejor y hacerle dar el fruto que permanece, ¿no es lo esencial del mensaje de Jesús al hombre

suficientemente consciente de lo que tiene que vivir; mensaje que emana de su historia y que, más allá de toda doctrina, atañe a lo universal, a través de lo que aparece y que es contingente?

Los primeros pasos en la vía que, de la adhesión a las creencias, conduce al movimiento de la fe proceden de la iniciativa de cada uno

¡Qué paradoja! La fe en Jesús se niega, en su movimiento simple y englobante, a fraccionarse en creencias a las que adherirse y que se pueden enseñar o aprender. Depende de la comunicación de “corazón a corazón” –y no sólo de “voz a oído”– con quien da testimonio de ella más por lo que vive y llega a ser que por lo que dice y hace. La fe tiene que enraizarse en el ser del discípulo durante el transcurso de su itinerario de hombre y de creyente, en lugar de sólo rellenarlo con saberes acerca del Maestro. La fe no lleva a hablar mucho de las doctrinas tal como uno cree comprenderlas y vivirlas en el momento. Sólo más tarde, tras recorrer largas etapas, podrá dar a los términos comunes el peso que conviene a lo que él puede asumir. Las doctrinas no son de gran ayuda sobre la marcha. Más bien enmascaran la realidad secreta de la fe y la limitan a los horizontes que el creyente es capaz de entrever en ese momento. Si las creencias tuvieran demasiada importancia para él, cortocircuitarían los caminos que el espíritu debe recorrer hasta su razón de ser, y que son más importantes que los conocimientos inmediatos que las doctrinas proponen; conocimientos que harían que el hombre atribuyera a su adhesión el carácter absoluto que sólo es propio del movimiento de fe; lo cual sería una transferencia llena de graves y múltiples consecuencias. El silencio de este hombre de ningún modo proviene de un escepticismo sedicioso o sistemático que se declara como tal. Ni tampoco se debe a un mutismo estéril, sino que está habitado por una secreta presencia que habla a quien sabe escuchar. Contrasta con la locuacidad de aquellos para los que creer es afirmar unas creencias. Éstos las afirman, además, con la violencia típica de las convicciones amenazadas que se defienden cuando se sienten impugnadas. Y las proclaman tanto más públicamente cuanto más presienten en sus adentros que acabarían negándolas sin remedio si osaran plantearse alguna

duda al respecto.

Llegado el momento oportuno, a cada uno le corresponde dar los primeros pasos por el camino que conduce, de la adhesión a unas creencias (tal como esto puede suceder al comienzo de la vida cristiana, cuando las creencias presentan un carácter absoluto), al movimiento de fe que no teme relativizar las creencias que lo expresan. Aunque no repare en ello con la atención con que lo hará más tarde, el hombre no da estos primeros pasos sin sentir cierta resquebrajadura, al principio apenas visible pero que luego se ensanchará poco a poco, entre lo que afirma y lo que piensa de verdad, y entre lo que confiesa y lo que hace realmente. Este sentimiento durará toda la vida de forma latente, con momentos más fuertes, de vez en cuando, en los que se sentirá como dividido.

Es que en él cohabitan el creyente, con su parte de credulidad y de gregarismo –junto con algún apego a la seguridad y a la certeza felizmente vividas en el pasado–, y el ser entero y de una pieza que no quiere componendas pero que es todavía demasiado inmaduro para presentir, antes de hora, lo que le espera si alcanza la independencia y la libertad del adulto. Dos seres parecen tener vida en él de forma casi simultánea pero ajenos entre sí, imponiéndose de forma inesperada el uno al otro y como por turno. De este modo, durante años, el creyente, según las cadencias y las etapas de su devenir, llega secretamente a liberarse de lo que, aunque todavía es reticente en confesárselo, siente la carga de afirmar (cosa que observa a regañadientes y a la que no osa todavía negarse). Insensiblemente se ve llevado a verse amputado, como a pesar suyo, de las evidencias y de las conveniencias que antes le ayudaban a creer sin reserva y a darse sin límite, tal como hay que hacer al comienzo para que la vida religiosa tome impulso y llegue a ser el todo del hombre.

*Con ayuda de las ciencias humanas, el estudio de la
génesis de las doctrinas y de las leyes es una vía
sin fin que pide una fidelidad sin límite*

Bajo el efecto de un trabajo interior oscuro, más o menos continuo y paralelo a algunos incrementos de conciencia, el creyente, gracias a lo que ha llegado a ser merced a sus creencias, acaba por tener que ponerlas al día para seguir viviendo de ellas. A veces esto le lleva incluso a cuestionarlas. Osa criticarlas, no en lo que tienen de razón en su base, enterrada en lo más hondo del hombre, sino en su presentación, donde lo maravilloso parece fundamentarlas hasta agotar su sentido y limitar su alcance. Esto maravilloso, que antaño se interpretaba de buenas a primeras como una acción sobrenatural y una manifestación objetiva del más allá, no ocupa actualmente ningún lugar en el universo mental de nuestra época. Si pervive, dispensa de los procesos del espíritu y de las preguntas que el hombre de fe se debería plantear a raíz de sus creencias; lo cual es nefasto.

Quien indaga sobre su fe bajo el efecto de un trabajo interior acaba por discutir la legitimidad de tal disciplina, a la que condena resueltamente en sus aplicaciones generales cuando toma conciencia de las consecuencias maléficas que comporta someterse a ella sin discernimiento en ciertas circunstancias particulares y extremas. Todas las muestras de sectarismo, de propagandismo, de rechazo obstinado y de candidez –propia de algo de embotamiento mental– proceden de una posesión abusiva de la verdad. El escándalo que provocan estas muestras apela indirectamente al esfuerzo de liberación. Ocurre lo mismo con la sumisión tras la que alguien se refugia para no tener que asumir la responsabilidad de sus actos cuando éstos se ejercen con daño del hombre, al que llegan a degradar hasta el punto incluso de que blasfeme de sí. Toda pretensión de ser signo del absoluto sin ninguna reserva (posesión de la verdad, obediencia a la autoridad) muestra, por los crímenes contra el hombre de los que este absoluto es en el fondo la causa, que aquí abajo sólo hay certezas y situaciones relativas, a excepción de las que proceden de la idolatría.

Mutación que aguarda a las Iglesias para que puedan responder a las exigencias espirituales crecientes de los hombres y mujeres de la modernidad

Debemos ponernos, pues, a estudiar la génesis y el desarrollo de las doctrinas y de las leyes, su connivencia con las supersticiones y las ignorancias de cada época, su confluencia con las necesidades y las aspiraciones de los pueblos. Las ciencias humanas son de gran ayuda en este ejercicio de inteligencia ocupado en relativizar lo que la práctica tradicional y la Institución tienden a absolutizar bajo la capa de lo remoto y su prestigio. En compensación, gracias a esta actividad crítica, a la que –tal como exige el sentido de la verdad– no se debe poner ningún límite extrínseco, tal creencia o tal norma disciplinaria pide ser expuesta a plena luz para conservar su valor pues así se desprende de lo que procede únicamente de las contingencias históricas. Ha llegado la hora de mantenernos firmes, sin ayuda exterior, en la vía que nos corresponde, a veces en guerra con nosotros mismos. Se trata, en definitiva, de asumir la propia vida con un vigor renovado, más conforme que antes con la naturaleza genuina de la fe.

Muchos creyentes permanecen, sin embargo, resueltamente ligados a las facilidades anteriores, incluso cuando presienten un poco su carácter en adelante indebido. La razón es que encuentran en ellas, sin esfuerzo, el confort de la certeza y de la seguridad, o también que no han alcanzado el nivel humano suficiente del que emergen las cuestiones fundamentales que plantea la existencia. Por eso, el resto tiene que avanzar cada vez más en solitario por el camino marcado por la rectitud de espíritu y su vigor, y por la autenticidad y la verdad de la propia existencia. Por eso, a despecho de una cierta plenitud personal que tiende espontáneamente a comunicarse, cada vez es más difícil compartir con alguien las nuevas maneras, en cierto modo desmitificadas, de explicitar la propia fe y de explicar cómo la vida espiritual encuentra, por este camino, la posibilidad de profundizarse mejor.

Sería casi irremediable tener que presentar, estas nuevas condiciones en que debe desarrollarse la fe cristiana a partir de los frutos que ella misma extrae de su propio crecimiento, sin desprenderlas demasiado ni de la vía que hubo que seguir para descubrirlas y

vivirlas, ni del clima íntimo y singular que exigían para ser plena y puramente ellas mismas. Intentarlo sólo conduciría a hacerlo artificialmente. Hablar de ello sería sin duda prematuro y quizá nefasto. Por lo general se correría más el riesgo de escandalizar que de abrir a alguien a horizontes más dignos de su misterio y por tanto del misterio de Dios, al que muchas creencias aún queridas por él disimulan bajo el exceso de sus discursos. Sólo por su cuenta y riesgo es como uno se interna, solo y casi sin darse cuenta, en lo incomunicable, hasta la frontera de lo incognoscible. Al término de un itinerario así (término al que conduce, sin nunca alcanzarlo sin embargo, un pensamiento que se piensa hasta el final de sus consecuencias, hasta en su movimiento mismo, hasta en la inminencia de su nacimiento), se abre el abismo de lo impensable, donde entran en comunión Dios por su Acto y cada hombre por su acogida, lo cual significa, para éste último, reunirse de otro modo consigo mismo.

A no dudar, la inteligencia del creyente deberá adentrarse en este camino sin fin para poder acercarse (bajo la acción de su saber y mediante la crítica inexorable de los orígenes y mecanismos de sus evidencias y de sus intuiciones espontáneas o elaboradas sobre Dios) a Dios en sí mismo, en la autogénesis de su ser, en el despliegue del acto que lo constituye en el centro del hombre que lo acoge y que, a partir de ahí, llega a ser él mismo y libre. ¡Qué mutación les espera a las religiones si no quieren estar en falso, en razón de la inercia de su fijación y del formalismo de sus prácticas, ante las exigencias espirituales crecientes del hombre! Exigencias cuyo surgimiento y primeros pasos ellas mismas favorecieron, aunque indirectamente, y, a decir verdad, inconscientemente. De otro modo, ¿cómo no iban a ser rechazadas al desaparecer su razón de ser y haberse convertido en un obstáculo para la obra de la que fueron, según sus posibilidades, artífices necesarios al comienzo?

Parecidas perspectivas han visitado e inquietado al creyente que soy. Ni las he apartado ni las he rechazado instintivamente para defenderme de ellas mejor. Al contrario, por cruel que me pareciera

constatarlas, me dediqué a sondearlas a fondo para responder mejor a ellas y favorecer el porvenir. Ellas me introducen todavía en un camino que promete conducirme más lejos de lo que al comienzo hubiera aceptado prever, donde sólo la fe, cara a lo imposible, puede subsistir en su desnudez sin recurso; la desnudez de una vida totalmente consagrada a la fidelidad sin límites y, en consecuencia, por estructura, sacrificada.